

LAS PRIMERAS YEMAS

(Al doctor Baldomero B. Alvarez).

—De los ojos del puente, sobre el que pasa el ferrocarril, parecían, por un efecto de perspectiva, salir, abriéndose suavemente en abanico, las líneas de arrayanes recortados, de hojas polvorientas, y las cuatro hileras de álamos y acacias escuetos y desnudos que formaban el paseo.

—Escuetos y desnudos no. Si lo hubieran estado, no te contaría yo lo que voy a referirte,—me dijo Alejandro.

Ya las cortezas rugosas anunciaban la primavera. Sus tejidos secos se rasgaban para dejar paso a los botones escamosos, embriones de ramas que entoldarían las avenidas bebiéndose el sol para regar la sombra por el suelo.

Lucila fuè quien primero se fijó en ello.

—Mira, mira qué forma ovalada tan graciosa tiene!

Y, levantándose sobre las puntas de sus piececitos, desgajó una rama menuda, en cuyos nudos asomaban simétricamente los capullos de hojas.

Mientras marchábamos despacio, los examinaba ella con vivo interés. Como un niño que destroza un juguete para ver lo que tiene por dentro, Lucila desbarataba y destruía aquellas yemas, queriendo sor-

prender entre sus apiñadas escamas, secretos maravillosos. El filo blanco de sus uñas sonrosadas abría los tiernos cogolluelos cortando sus tejidos, en los cuales, sobre un verde muy pálido, trazaban hondos surcos los nerviecillos. A veces, antes de abrirla, se desprendía la yema, unida a la rama por fibras demasiado débiles aún.

Observaba a Lucila, sujetándola al mismo tiempo por el brazo para impedir que, embebecida y absorta en sus investigaciones, fuese a poner el pie en el borde de las zanjias o de los alcorques. Porque me aterraba la idea de las funestas consecuencias que podría tener para ella una caída en aquellos momentos.

Pero la pobrecilla se sentía cansada, y a los pocos pasos quiso que nos separásemos del paseo para ir a sentarse en una especie de brocal construído en otro tiempo para el reparto de aguas del riego y cegado y relleno ya de tierra hasta la misma altura por dentro que por fuera.

Yo me eché a sus pies.

La tarde tenía una placidez y una calma deliciosa. Un perfume indefinido y tenue de vegetación, de primavera, de vida, se esparcía por el ambiente. De vez en cuando, allá, por la carretera se oía el sordo rodar de un carruaje o el agudo chirriar de una pesada carreta. El campaneo de las esquillas anunciaba la proximidad de un pintoresco grupo de vacas que en la cercana hondonada pacían la jugosa yerba.

Los encantos de la tarde no me distraían, sin embargo, de Lucila. Como estaba más alta que yo, veía su figurilla destacándose sobre el fondo del cielo. Detrás de su sombrero oscuro, entre él y sus hombros redondos, se dibujaba en el horizonte una nube gris-plata en forma de montaña, cuyo picacho, herido por la luz, parecía un cráter de nácar.

¡Qué interesante y qué mona estaba mi Lucila! Sus ojos, en que antes anidaba la alegría, inundán-

dolo todo con sus vívidos destellos, estaban hundidos en las órbitas. La línea oscura de sus hermosas pestañas dejaba asomar el blanco de los ojos bajo el iris de un color leonado oscuro, dándole a la mirada una expresión tal, que parecía que la melancolía había usurpado a la alegría su escondite. Las transparencias azuladas que subrayaban los párpados se habían acentuado, ensanchándose las ojeras y acusándose, como para delatar la crisis profunda por que su organismo atravesaba. Su cutis, terso y brillante, tenía una palidez especial, como si la sangre, atareada en hondas y fecundas empresas, quitara a sus mejillas los matices de las rosas de Alejandría para dejarle los prestigios de las rosas de te. El rojo intenso de sus labios se había desvanecido en un sonrosado suave. Las líneas todas de aquella carita de ángel se habían prolongado desdibujándose. El busto se levantaba adelantándose a dar majestad a la cabeza y su talle, aquel talle inverosímil, perdida su inverosimilitud, pagaba a la elegancia en el vestir su tributo dejándose sujetar tan sólo por una ancha cinta de moiré que recogía los pliegues de su sencillo y holgado traje. La naturaleza parecía haber pasado por sus encantos de mujer un velo agosto.

En aquellos momentos le encontraba algo de capullo, y, soñando junto a ella, creía sentir cerca de mí un aleteo divino.

¿Quièn hubiera reconocido en aquella Lucila a la niña esbelta, de colores encendidos, que un año antes saqué de casa de sus padres, para traerla a compartir conmigo las dulzuras y las penalidades de la vida?

—Dime, Alejandro,—me preguntó de pronto.—
¿Qué es una yema?

—¿Una yema?... Pues....—y le dije cuanto sabía sobre el asunto, quedándome muy satisfecho de aquella peroración que lucía todos mis conocimientos de botánica.

—Muchas gracias, doctor,—me dijo ella haciendo un mohín delicioso—. Pero no es eso todo lo que quiero saber. Aún falta algo. Cuanto me has dicho no acaba de satisfacer mi curiosidad. La yema, ¿es una nueva planta que brota en la rama? ¿Es la planta misma?

—Te diré....—y aquí empecé a tartamudear, porque aquel diablillo me iba haciendo sacar los pies del terreno de mis conocimientos.— Es la vida que se renueva, o, si quieres otras formas nuevas que se dan en la vida.... y que pueden tener una existencia independiente, desarrollando por sí la que de la planta madre recibieron. Si las circunstancias convierten al nuevo brote en un individuo independiente, esta **individualización** no niega, sino que afirma, su total mancomunidad anterior, delatándola por semejanzas de formas y otros mil detalles.

¿Entendía ella mi intrincada explicación? ¡Vaya usted a saberlo! Estoy por asegurar que si yo mismo hubiera sido mi propio oyente, tal vez no me hubiera entendido.

—Ya ves,—continuaba diciéndole para salir del paso.— En eso ocurre con los vegetales, algo parecido a lo que sucede con nosotros mismos. El (y empleé el pronombre equivocándome al emplearlo; pero a falta de un nombre que aún no tenía, no hallé mejor manera de designarlo) **él** es nuestra vida, y, sin embargo esa vida se **individualizará**.

Una especie de escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Me espanta, Alejandro,—me dijo entonces,— me espanta pensar que sean tantas las yemas que se pierden.

—Cuando dentro de algunos meses vengamos, por aquí, estará formada la bóveda de hojas tembladoras que nos protegen contra los rayos del sol, y cuando seas capaz de contarlas te consentiré que pienes en las que se perdieron.

—¿Cuándo vengamos? ¡Quièn sabe! Mira: tengo

remordimiento.... Sí, no te rías: remordimientos por haber destruído, para satisfacer mi curiosidad, las yemas que brotan en esta rama.

—Pero, ¡criatura! ¿Quieres hacer un esfuerzo para dominar tu sistema nervioso? Mira que esas exageraciones me alarman. Anda: vamos a continuar nuestro paseo. Te hace falta un poco de ejercicio.

II

Hay en una de las silenciosas y solitarias calles del cementerio unos cuantos palmos de tierra cubiertos por una pequeña losa rectangular casi oculta a la vista por las plantas y las yerbas que crecen alrededor. Lucila no quiere que se toque allí, y yo respeto sus deseos.

Aquella losa parece pesar sobre nosotros siempre, y, mientras nuevos retoños no la levanten un poco, me apena salir con Lucila, al campo, cuando llegan estos días, porque mira de una manera extraña las primeras yemas con que la primavera abre las fibras de las plantas. A veces sorprendo en sus ojos una lágrima, y se me figura que va a repetirme, recordando los brotes que su curiosidad le hizo destruir aquella tarde:

—No te rías: tengo remordimientos.

Afortunadamente, el mejor día se encarga un nuevo retoño de levantar la losa de sus tristezas y vuelvo a verla con los ojos hundidos en las órbitas, con dos cercos azulados bajo sus hermosas pestañas y con el cutis mate y las líneas de su carita de ángel desdibujadas. Y vuelvo a encontrarle algo de capullo y a sentir cerca de mí un aleteo divino.